

≡ LA NOCHE DE SAN JUAN ≡

María José González Sepúlveda



13 años
San Javier

Segundo lugar regional

Ilustración: Paula Bustamante

Una vez mi abuela me contó que *pa'l* bajo, más allá de donde viven las González, en la noche de San Juan se aparecía el diablo si uno iba en la nohecita faltando *pa'* las doce, con una vela en una mano y en la otra, un espejo.

Esperamos más de un mes para esa gran noche. Lo teníamos todo planeado yo y mi prima mayor, la Flo, que era bien inocente y creía todo lo que yo le decía. Tiene el pelo bien largo y le gusta peinárselo todo el día. A ella le gusta el pan amasado y a mí, la tortilla de rescoldo, y mi abuela siempre nos reta, porque somos mañosas para comer. Yo tengo el pelo crespo y café. No es muy bonito, es más lindo el de la Flo, pero yo tengo los ojos de color y ella no.

Ese día con mi prima la Florencia pensamos toda la tarde si íbamos a ver al diablo o no. Cuando ya fueron las diez de la noche, preparamos el espejo, le pedimos un par de velas a mi abuela, pero no nos quiso pasar. Obligadas a sacarle las velas a San Sebastián, no nos quedó de otra. Hicimos como que nos íbamos a dormir, no nos sacamos la ropa y nos acostamos tal cual, pero sin zapatos y ahí esperamos mirando el techo hasta que todos se quedaran dormidos para poder escaparnos. Mientras esperábamos, la Flo me hablaba y yo la hacía callar. Me preguntaba si íbamos a ver al diablo y yo le decía que sí, pero me volvía a preguntar y yo le volvía a responder hasta que me preguntó cómo era el diablo y yo me quedé *callá*. No supe qué decirle... yo nunca lo había visto.

—Supongo que es medio rojo y tiene cachos y debe oler bien mal— le dije.

Después de eso nos quedamos calladas hasta que dieron las once. Le dije a la Flo que nos levantáramos despacito y que nos escapáramos por la ventana. Estábamos amarrándonos los zapatos y de repente subió a la ventana el Cholo, el gato de mi abuela, y es ¡¡¡negro!!!

La Flo estuvo a punto de gritar, pero yo le tapé la boca de un solo salto.

—¡¡¡Miauuu!!!— nos dijo el gato mirándonos con sus ojos brillantes y nosotras muertas de miedo. Pasaron como dos minutos y seguía mirándonos, y yo seguía tapándole la boca a la Florencia que estaba como congelada de susto. Solté a la Flo y ella seguía como estatua. Caminé a la ventana, tomé al gato y lo metí a mi cama para que cuando yo volviera estuviera calentita, ya que afuera hacía mucho frío. La verdad es que poco se veía de la niebla que había. Miré por la ventana y pensé, y volví a pensar, si era buena idea ir a ver al diablo. No se veía mucho.

Abri la ventana, llamé a la Florencia y la bajé despacito. Le tomé las manos y ella se quejaba, porque abajo estaban las matas de rosas y se pinchó las piernas y quedó toda enganchada con las pantis. Ella alegaba y yo me reía sin poder reírme. Era muy chistoso. Cuando aparecieron los perros de la casa derechos donde mi prima, yo la solté y cayó. Los perros la abrazaban y yo trataba de echarlos y ellos más cariñosos se ponían. Traté de saltar para poder salvarla de los perros, pero cuando yo iba bajando, el Gusano (así se llama uno de los perros) me agarró el pantalón y me tiró. Caí arriba de la Florencia y arriba de la mata de rosas... Me quedo toda rasguñada la cara, y lo peor, las velas las dejé encima de la cama y el espejo con todo. No sé dónde quedaron. Ahí estábamos con los perros encima, adoloridas con frío y sin velas. Ella me miraba y yo la miraba, o sea nos mirábamos y no decíamos nada.

Me levanté, la tomé de las manos y le dije:

—Vamos, nomás.

Así que ella me siguió, pero se nos olvidó traer la linterna. Así que no avanzábamos mucho, porque nos topamos con la reja y ahí quedamos, ya que mi abuelo le puso candado, justo esa noche, la noche del diablo.

—Hasta aquí nomás llegamos —dijo Florencia.

—Creo que sí —le dije.

Y ella me preguntó:

—¿Cómo vamos a volver a la pieza?

Yo abrí bien grandes mis ojos de color, que a esa hora no sé si eran verdes o se habían puesto cafés, y le dije:

—No pensemos en eso.

—¿Qué vamos hacer?

Pensamos un buen rato y nada se nos ocurría. Lo único era volver por donde habíamos salido. Fui al lado del gallinero a buscar un balde para ponerlo y así subir a nuestra ventana. Primero subí yo y después ayudé a la Florencia. Todo resultó bien. Ella me dijo si podía dormir conmigo. Yo le respondí que sí. Ahí nos acostamos las dos y el Cholo al medio.

Al día siguiente, mi abuela nos fue a despertar y me vio la cara y me dijo:

—¡Hija, por Dios! ¿Qué le paso?

Yo me medio desperté y me vi en el espejo de mi pieza y mi cara estaba del terror. No supe qué decirle a mi abuela. La Florencia sentada como estatua de nuevo, ni se movía. Cuando en eso sale de entremedio de las sábanas el gato y mi abuela creyó que el gato me había rasguñado la cara. Agarró un zapato que estaba tirado y salió persiguiendo al pobre Cholo por toda la casa, pensando que ese gato del demonio me había dejado la cara así.

En el día nos mirábamos con la Florencia y no nos decíamos nada y nunca dijimos nada, hasta ahora que me acuerdo del día en que queríamos ir a ver al diablo.